

EL HOMBRE DE FAMILIA, JORGE BARRERA GRAF

*Alejandra Ibarra Barrera**

Honor a quien honor merece.

Es con un gran agradecimiento y con una profunda emoción que participamos los familiares y amigos de Jorge Barrera Graf en este merecido homenaje. Quienes tomamos parte en él, hemos sido testigos de su exitosa trayectoria en el ámbito profesional como jurista, académico e investigador, y en el entorno familiar como entrañable esposo, amigo, padre, tío, suegro y abuelo.

Es en los ámbitos familiar y de la amistad en los que queremos compartir ahora con ustedes al maestro de la cátedra, del aula, del recinto de docencia e investigación, pero fundamentalmente al maestro que fue de la vida. Son, desde nuestro punto de vista, los espacios que permitieron a mi abuelo su plena realización como ser humano.

* Licenciada en derecho, nieta del maestro Jorge Barrera Graf.

El homenaje es para el maestro; él, quien resumía su currículum en una sola frase: “maestro de la cátedra de derecho mercantil en la Universidad Nacional Autónoma de México, por más de 40 años”.

Dejaba a un lado grandes logros profesionales, como la fundación del despacho Barrera, Siqueiros y Torres Landa, cuyo prestigio sigue vigente hasta nuestros días, así como su labor como investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, al que donó su gran acervo bibliográfico y sus intervenciones por parte de la delegación mexicana ante la Organización de las Naciones Unidas, limitándose a definirse a sí mismo como maestro, con la humildad que siempre lo caracterizó.

Un maestro que tras muchos años de impartir la misma clase dedicaba al menos una hora para la preparación de la misma.

La Universidad fue pues parte fundamental de su vida y su misión fue enseñar y compartir todo lo que sabía, abriendo incluso las puertas de su casa para invitar a su biblioteca a tantos alumnos, con el fin de guiarlos en el aprendizaje y comprensión del derecho.

Recuerdo, aún siendo muy niña, que todos lo observaban con admiración, desde aquellos jóvenes pasantes, hasta grandes juristas como Mantilla Molina, Vázquez Arminio, Medina Mora y tantos más que ya no se encuentran entre nosotros, pero que constituyen piezas claves en la historia del derecho mexicano. Hombres que discutían la situación del país, del mundo, de las leyes, en palabras que quizá en ese

momento no lograba comprender en su totalidad, pero de las que rescaté principios fundamentales como la justicia, la honradez, el amor al trabajo y a nuestro país.

Esas pláticas en la casa, en las que a veces se me permitía estar presente, siempre y cuando me mantuviera en silencio, marcaron mi vida, hicieron que surgiera en mí una admiración por la ciencia jurídica, que fue para él su consigna y aquello que durante su vida lo movió hacia el cumplimiento pleno del orden legal y la consecución de la justicia basándose en tres preceptos fundamentales: vivir honradamente, no causar daño a terceros y dar a cada quien lo suyo.

Sin embargo, lo más admirable fue que Barrera Graf no destacó únicamente en el plano jurídico, equilibró su existencia como pocas personas lo logran, trascendiendo en la vida de cientos de personas.

Como amigo, lo describían como uno sin igual, un entrañable ser humano, quien con respeto y una lúcida y sencilla actitud invitaba al diálogo que propiciaba el acercamiento y la confianza; siempre estaba dispuesto a escuchar, a debatir, a apoyar. Era la suya una conversación incluyente y agradable en la que resaltaba su pensamiento permanentemente actualizado que le permitía emitir opiniones certeras sobre los más variados temas de la realidad que le tocó vivir.

Desde muy joven e impulsado constantemente por esa inquietud intelectual que fue característica tanto de él como de sus amigos, sembró relaciones sinceras, perdurables, profundas y nobles que lo acompañaron a lo largo de su vida.

Barrera Graf disfrutó a sus amigos, gozó de su fidelidad, de su constante apoyo y supo corresponderlos en todo momento. Y así como los gozó, supo también honrarlos y expresar sus más sensibles sentimientos en el momento de su partida, manifestando lo entrañable de la relación.

Aún existe testimonio de la intensidad y cercanía de dichas amistades y de la intensa relación que surgió entre las familias.

Inolvidables son para nosotros aquellas *comidas del despacho* que implicaban un verdadero día de campo, una fiesta y un convivio con todo el personal que laboraba en aquel bufete de abogados.

Su vida en familia resulta no menos admirable. Para sus hijos, su vocación de maestro lo convirtió en un guía exigente, dándoles todo tipo de oportunidades, preocupado siempre por brindarles la mejor preparación posible.

Los principios y creencias que caracterizaron su pensamiento y manera de ser, los más altos valores éticos, la honradez y rectitud, el respeto y trato igualitario a todo tipo de personas y su enorme apego y respeto al concepto y ejercicio de la justicia, supo transmitirnoslos y dejarlos como un legado que hemos valorado y disfrutado en el desarrollo de nuestras vidas. No obstante, al lado de esa figura enérgica, firme, decidida, que demandaba el estricto cumplimiento de esos valores, encontramos al hombre tierno, suave de trato, presto al diálogo y al cariño, atento a nuestras problemáticas y siempre con un sabio consejo y apoyo para sobrepasar tragos amargos.

Nunca dejó de ser reconfortante estar cerca de una autoridad en el conocimiento con una opinión objetiva sobre el acontecer del momento. ¿Quién no recuerda aquellas largas sobremesas en las que su conversación nos envolvía y forjaba nuestra joven y quizás ingenua manera de ver el mundo, a nuestro país y su realidad y futuro? Aquellas horas transcurrían sin darnos cuenta y si alguna palabra no comprendíamos nos hacía ir inmediatamente por el diccionario para buscar su significado.

Recuerdo compartir con él tardes enteras en el segundo piso de su biblioteca, intentando ordenar las fichas bibliográficas, descifrando su caligrafía —misión casi imposible—, escuchando música clásica, particularmente de Vivaldi, cuyos acordes logran despertar en muchos integrantes de la familia una mezcla de melancolía, emoción y nostalgia por el recuerdo del abuelo.

Un abuelo que estaba enamorado del campo. Un incansable andarín que supo transmitirnos el amor y respeto por la naturaleza. Con él conocimos muchos caminos, subimos montes, bajamos barrancos, montamos caballos, disfrutando de manera invariable de su grata compañía.

Muchos de esos gratos momentos los compartimos en Tenancingo, en “La casita”, la casa familiar, el hogar de los Barrera, nuestro adorado “Tenan”.

Desde el más viejo hasta el más joven de los integrantes de nuestra familia hemos vivido momentos inolvidables en este lugar, hemos estrechado los lazos de amor que existen entre nosotros, hemos llorado, reído, bailado y cantado

conformando un entrañable núcleo del que me considero afortunada de formar parte.

Esta familia, construida por este gran hombre, no hubiese sido posible sin la existencia de una gran mujer, aquella que él, en una muestra más de sabiduría, eligió como esposa; ella es una enorme mujer, de la misma estatura, con los mismos principios, dedicación, presencia y con la dulzura de la esposa, la hermana, la madre, la tía, la suegra, la abuela y la bisabuela.

Que éste no sólo sea el reconocimiento *in memoriam* de nuestro querido Jorge Barrera Graf, sino también un merecidísimo homenaje *in praesentia* para Ana Elena Pliego Argüelles, nuestra querida Manene que sin duda forma parte de su recuerdo pero que hoy está entre nosotros viva, presente, actual, totalmente vigente.

Gracias Manene, gracias abuelo, por su legado de vida, por su ejemplar existencia, y a pesar de que él ya no es esté aquí físicamente, pues se fue temprano, siguen ambos presentes en cada uno de nosotros.

*Los justos brillarán en el firmamento
y los que enseñaron la justicia serán estrellas eternas.*

Salmo 91-1314